

Premio al mejor actor en el Festival de San Sebastián

# EXILIO Y TRIUNFO DE HECTOR ALTERIO

FERNANDO LARA Y DIEGO GALAN



**L**AS entrevistas me inhiben, no sé qué decir, me contradigo, no sé hablar en público. Yo no soy nada, soy un actor; me dicen hay que hacer este personaje y lo hago, pero si no tengo un texto estoy perdido. Me pongo nervioso, soy tímido, soy... No es —evidentemente— Héctor Alterio una persona que se sienta a gusto ante la idea de hacer una entrevista, pero, "por el enorme respeto que me merece el trabajo de los demás", acaba concediéndola e incluso su incomodidad se diluye a medida que transcurren los largos minutos de conversación. Hombre sensible, receptivo, Alterio es el gran actor que hace tres años vino forzosamente desde la Argentina a la cabeza de un amplio éxodo humano y artístico provocado por el terrorismo de extrema derecha y el militarismo. Su exilio ha sido duro, penoso en momentos. Ahora empiezan las recompensas: ya está interpretando a nivel que su calidad interpretativa merezca, participa como protagonista en películas como "A un dios desconocido" ("ha sido un trabajo muy creativo el que he podido hacer con Chávarri y Querejeta, y me parece importante el tratamiento humano que la película da al personaje del homosexual que yo interpreto. Eso joroba mucho a mucha gente"), rueda sin parar y acaba de obtener el premio al mejor actor en el Festival de San Sebastián. Pero empezamos por el principio, cuando Alterio nos sorprendió con "La tregua", y, a raíz de hacer "La Patagonia rebelde", tuvo que venir a España. Lo resume él mismo:

—Cuando yo vine acá, en el setenta y cuatro, a presentar "La tregua" en el Festival de San Sebastián, es cuando me enteré de que la Triple A me había amenazado de muerte, junto con otros cuatro más: Nacha Guevara, Horacio Guarany, Norman Briski y el secretario general del sindicato nuestro, Veto Branconi. Y, pues nada, llegué aquí y aquí me quedé.

**TRIUNFO.**—No te tuvo que resultar nada fácil al principio, ¿no?  
**HECTOR ALTERIO.**—Fue horri-

ble, espantoso. Me sentía extraño en un país en el que, por más que yo hablaba también el castellano, no entendía realmente el idioma. El hecho de que yo hubiera estado con "La tregua", sí, era una tarjeta de presentación, pero no me servía para mucho. Mi primer año y medio fue... cuatro o cinco meses sin hacer absolutamente nada, con mi familia aquí, mis hijos... El primer trabajo que hice fue ir por provincias con "Las cisternas colgadas de los árboles", de Gala, pero de forma muy espaciada, cuando no trabajaba no cobraba, y eso sucedió bastante a menudo. Luego, a través de Gila —que se ha portado magníficamente conmigo—, hago una entrevista con Elias Querejeta y empiezo a incursionar en el cine, con "Cría cuervos" y "Pascual Duarte". Después viene otro espacio bastante largo, de varios meses, hasta que Nuria Espert, que me había conocido en Buenos Aires, me ofrece trabajar en "Divinas palabras". Con "Divinas palabras" voy un par de meses por provincias y luego pasamos a Venecia y de Venecia a París. Pero esto me traía otro tipo de inconvenientes: el hecho de desvincularme de Madrid, que es el centro de todo el trabajo nuestro, hacía que perdiera contacto con los productores y el mundo del cine. Entonces me aparto de la compañía de Nuria Espert y comienzo a trabajar, ya de una forma más continuada, en varias películas. No tenía más remedio que aceptar lo que me propusieran, era una cuestión de supervivencia: me acuerdo que cuando empecé el rodaje de "Fango", por ejemplo, cerré los ojos, pensé en mis hijos, en mi mujer... y me dije adelante, a poner la nuca... Lo tuve que hacer, pero también me valió de algo: a conocer a la gente, los técnicos, el oficio, a familiarizarme con la profesión. Por fin, en octubre del año pasado, comienzo una película como protagonista, "El mirón", y, en febrero o marzo, empiezo "A un dios desconocido"... Pero todo esto que os he contado con grandes espacios intermedios de cuatro meses, cinco meses, sin hacer absolutamente nada.

**T.—Tú procedías del teatro...**

**H. A.**—Sí; yo participé durante muchos años de un movimiento que fue muy importante en la Argentina, que llamábamos Movimiento de Teatro Independiente. Se insertó en Buenos Aires en los

años cuarenta, pero cuando tuvo su auge fue en los cincuenta, en que lo componían veinte teatros cuyos grupos solían situarse en la oposición a los Gobiernos de turno. En mil novecientos cincuenta, yo fui socio fundador de Nuevo Teatro, Teatro Independiente, enraizado en ese movimiento. Eramos independientes porque carecíamos de empresario, y la elección de las piezas estaba supeditada a la ideología de los que componíamos el grupo. Cuando el Movimiento de Teatro Independiente alcanzó mucha resonancia, el teatro comercial se vio obligado, primero, a fagocitar prácticamente a todos los componentes del movimiento, y, después, a hacer el tipo de repertorio que había llevado el teatro independiente. Y así, entre los empresarios, la televisión, los contratos, se fue desmembrando el movimiento. Pero quedó un criterio, una mentalización del espectador, una exigencia, que habían ido formando los teatros independientes en una labor cultural muy positiva.

—De ahí han salido la mayor parte de los actores que pudisteis ver, por ejemplo, en "La tregua", y muchos de los que ahora se han radicado en España. Y eso les ha creado un lineamiento de estilo, un lineamiento de atadura cultural, un método de trabajo, a todos los actores argentinos o, al menos, a los de mi generación. Yo participo de esas características, porque desde mil novecientos cincuenta a mil novecientos sesenta y ocho estuve trabajando de forma continuada con los independientes. En el sesenta y ocho da un cambio fundamental mi vida, dejo el trabajo —ajeno al teatro— del que vivía y me hago profesional, con algunas incursiones ya en cine y televisión. Y a partir del setenta, me integro definitivamente en el teatro profesional y hago cine de manera más continuada.

**T.—Y ese "método de trabajo" que acabas de citar, ¿lo has podido aplicar en las películas que llevas hechas en España o has tenido que acoplarte a otros totalmente distintos?**

**H. A.**—Bueno, al principio me resultaba muy difícil ese acoplamiento. Entonces uno empieza a trabajar con lo que uno no querría trabajar nunca, que es con el oficio, eso es algo terrible... Al principio me veía totalmente atado, con el acento, las expresiones, el sistema de interpretación; ahora

sigo estándolo, pero no de la misma manera.

—Os puedo contar la primera incursión que yo hago aquí en cine, que es "Cría cuervos", donde me encuentro con un ambiente prácticamente desconocido para mí, y en la primera escena que tengo que rodar hago de muerto, que se supone que es lo más fácil para un actor, porque uno cierra los ojos, no respira y ya está... Bueno, pues eso fue terrible, fue terrible porque yo oía la voz de Carlos Saura que decía "¡motor!", y a mí me empezaba a latir una cosa que me subía, me subía, y cuando Saura me tocaba en las piernas para que yo dejara de respirar, porque tenía ya la cámara en la cara, los párpados me temblaban permanentemente... Tuve que repetir diecisiete veces... Me dejaron ir a casa, porque decían que estaba nervioso, cansado, volví al día siguiente... y exactamente igual o peor que la noche anterior. Entonces, yo me decía, es terrible, no sé hacer ni de muerto, y estoy trabajando con Saura y habría cientos de actores que vendrían corriendo desde Buenos Aires para tener una oportunidad así, y yo, que tengo la posibilidad, ¡no sé hacer ni de muerto! Fue espantoso. Hasta que alguien se dio cuenta de que lo que yo deseaba era no oír la voz de Saura diciendo "¡motor!" para que me cogieran con la cámara de improviso. Era lo que yo, inconscientemente, necesitaba, y el plano salió por fin.

—Con esto quiero mostraros lo terrible que fue para mí el incursionar en una película española. Porque no era sólo lo del rodaje en sí, sino que yo al volver a mi casa revivía lo que había pasado y me desesperaba al pensar que era tan inútil que no podía hacer de muerto. Y, además, en el resto de "Cría cuervos" también estoy mal, se nota que me sentía atado.

**T.—¿Fueron estas "ataduras" los obstáculos más fuertes que encontraste para ir entrando en el cine español?**

**H. A.**—No, no; el problema fundamental para mí fue el sindicato, que no me dejó trabajar durante un año y medio. Cada vez que yo iba al sindicato a que me visaran un contrato, me pegaban sistemáticamente una patada en el culo y me mostraban un cartel que decía: "Los argentinos nos consideran a nosotros extranjeros; por lo tanto, nosotros no damos trabajo a los argentinos". Lo te-

nían allí, puesto como un cartel, a raíz de un famoso entuerto con Alberto Closas, que nunca llegué a entender muy bien. Lo que sí entendía es que cada vez que yo iba allí me señalaban el cartel y yo me volvía con mi contrato... ¡cuatro veces me lo hicieron! Hasta que Alberto de Mendoza, que es amigo mío y tenía conocimientos dentro del sindicato, incidió en el asunto, y después de reuniones y reuniones y reuniones esperando, haciendo antesala, resolvieron que por esta única vez y que por tratarse de mí, sin que eso solucionara el problema, me iban a dejar trabajar en películas en las que no se cubriera el cupo de actores extranjeros... Estoy hablando del año setenta y cinco, que es cuando incursioné, muy lentamente, en esas películas de que hablaba antes y que me sirvieron para subsistir.

"Y cuando me contratan para interpretar 'El mirón', vuelve a surgir los conflictos: yo ya tenía concedida oficialmente la residen-

argentinos que se han radicado acá: es gente que llega con toda una trayectoria detrás y que no viene voluntariamente, como tampoco iban por su gusto a la Argentina los actores españoles que fueron después de vuestra guerra civil.

"Volviendo a mi caso particular, aquellos momentos resultaron espantosos, no quiero ni recordarlos. Ya pasaron, ¿no?"

**T.—Después de esa experiencia, ¿qué sientes ahora, cuando te ves premiado en San Sebastián, envuelto en entrevistas, con felicitaciones de unos y otros?**

**H. A.—**¿Sabés qué pasa? Yo soy un tipo bastante fantasioso, pero a niveles ya utópicos, de fantasías como transformarme en hombre invisible o cosas así, y eso de manera permanente. Entonces, esto del premio lo habré pensado muchísimas veces, pero no sólo éste, el Oscar o cualquier otro... No es que no me tome de sorpresa, me toma de sorpresa, sí, pero me siento un poco flotando,

nunca tuve problemas con mis compañeros españoles. Incluso en los peores momentos de mi vida aquí, cuando ya estaba a punto de desfallecer, fue un actor español el que me ayudó de forma material, y eso para mí no tiene precio: que estés a trece mil kilómetros de distancia de tu tierra y padecer lo que yo he padecido, y de pronto que un español me dé ese apoyo..., eso no se paga con nada. Fue algo que yo no podré olvidar nunca.

**T.—Es difícil la vida del exiliado...**

**H. A.—**En todos los órdenes. En el caso mío, fundamentalmente, con respecto a la educación de los niños. Nos encontramos aquí con resabios de toda una educación que les creaba miedos... De pronto, mi niño, que cuando vino aquí tenía tres años, empieza a hablar del infierno y del demonio, y eso le creaba una serie de traumas. Hasta que encontramos otra escuela —realmente positiva—, eso formaba parte principal de todas

que me pusiera la mano en el hombro y me saludara, pero veía que todos pasaban y no me decían nada... Ahora no, ahora ya siento las calles familiares, ya sé hacia qué lado tengo que ir para llegar a un sitio o qué autobús debo tomar... Son cosas cotidianas, que parecen mínimas, pero que contribuyen bastante a que vayas enraizándote en un sitio.

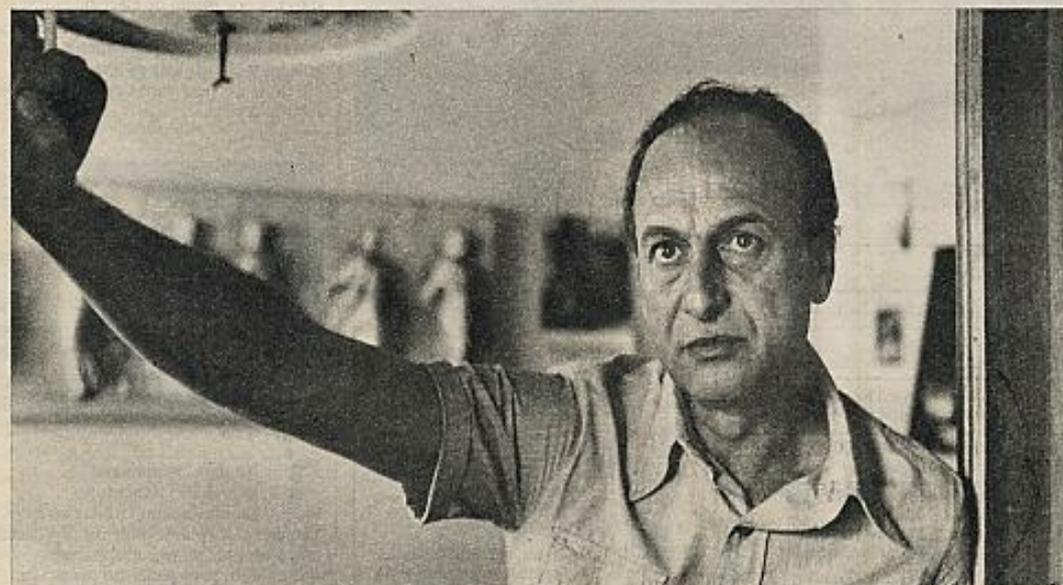
**T.—Y cuando coges un periódico, ¿lo primero que buscas y lees siguen siendo las noticias sobre Argentina?**

**H. A.—**... Sí, ¿para qué os voy a mentir? Amo a España y todo eso, pero Argentina sigue siendo mi tierra, me tira enormemente. Sí, es así...

**T.—Sobre la actual situación argentina y su futuro, ¿prefieres hablar o prefieres no decir nada?**

**H. A.—**Lo que me gustaría es plantearos una contrapregunta: ¿por qué a los actores siempre se les pide que se definan políticamente? ¿Porque están cumpliendo una función pública, porque atraen la atención de mucha gente? También los futbolistas o los boxeadores o los jugadores de tenis o los pollistas tienen esa función pública, arrastran mucha más gente que un actor y, sin embargo, jamás se les pregunta sobre política. ¿Por qué a los actores sí y a los deportistas no? ¿No será porque al sistema le conviene conservar a unos ídolos que en un determinado momento le sirvan para desviar la atención de cualquier movimiento político hacia unos eventos deportivos, que tienen mucho más alcance en la población que una obra de teatro o una película? Esto siempre me rondó la cabeza, ¿por qué a un actor se le quiere hacer decir una y otra vez cosas sobre política que después redundan en contra de él, como —en definitiva— me sucedió a mí? ¿Por qué los periodistas no van a preguntarle sobre su filiación política a Cruyff o a Vilas, que son mucho más conocidos mundialmente que cualquier actor?

"Porque a mí, en Argentina, me preguntaban si era de izquierdas o de derechas, yo decía que de izquierdas, y por qué, y decía, y si había puesto a mi hijo Ernesto por el 'Che' Guevara, y decía, y bla, bla, bla... Erán estupideces, porque yo no soy un erudito en política, yo cumplo mi función dentro de la sociedad haciendo de actor, eligiendo unas determinadas obras o películas, pero todas esas contestaciones servían para ir formando un bonito archivo sobre mí, en cierta medida —y aunque los periodistas que me hacían esas preguntas eran gente amiga de muchos años— eso funcionó como una delación. Y todo eso quedó, quedó y quedó, y está registrado en el Departamento de Policía, y rápidamente se me acusó de ser comunista, de apoyar psicológicamente a la guerrilla... Y me cagaron la vida. ■ Fotos: LADISLAO.



"El problema fundamental con que me encontré en España fue el sindicato, que no me dejó trabajar durante un año y medio. Cada vez que yo iba al sindicato a que me visaran un contrato, me pegaban sistemáticamente una patada en el culo".

cia en España y había iniciado los trámites de doble nacionalidad, pero no los tenía resueltos. Y Alexandra Bastedo, que es canadiense, y yo, que soy argentino, conformábamos la pareja protagonista de la película. Pero esto cubría ya el cupo, y, por lo tanto, el sindicato exigía que ella o yo fuéramos suplidos por actores españoles. Menos mal que conseguí demostrar que yo ya había iniciado los trámites de doble nacionalidad, y ya no hubo problemas... Desde ese momento pude trabajar con tranquilidad.

"Pero os aseguro que fue muy duro, muy duro. Esperar a que resolvieran mi vida... Yo nunca quise interferir en ningún sindicato, hay un sindicato y lo respeto, pero yo no venía de paracaidista, tenía veinticinco años de trabajo y no me vine porque quise. Lo mismo pasa con los demás artistas

lo estoy viviendo como un sueño, como dentro de esa fantasía, todavía no he logrado convencerme de que es real. Después de haber padecido lo que os acabo de contar, esto se hacía tan lejano que, de pronto, al cabo de tres años... No sé, me siento muy halagado, noto la repercusión y la importancia que tiene el premio.

**T.—Antes hablabas del comportamiento que había tenido contigo el sindicato. Pero, al margen de ese nivel burocrático y gremialista, entre los actores españoles, ¿has encontrado también un cierto grado de hostilidad o aversión?**

**H. A.—**No, no. Realmente encontré apoyo, gratitud y, fundamentalmente, encontré alegría por el premio que acabo de recibir, lo que para mí es fundamental. Que a un actor español lo sienta contento porque me han premiado a mí, eso es muy importante. No,

mis angustias, con mi mujer y yo tratando de compensar de alguna forma las ideas que recibía en el colegio... Inconscientemente, yo creo que mi niño fue el que más sufrió de todos, el primer año lo pasó realmente muy mal.

"Durante el tiempo que estuve apenas sin trabajo, mi nostalgia por Buenos Aires se acrecentaba más y más. Luego, el hecho de que —hace tan sólo un año— estuviera todavía indeciso, con un pie aquí y otro allá, me hacía muy mal, me desequilibraba. Ahora es distinto, he superado ya esa sensación de visitante que tenía al principio, he ido formando un grupo de amistades, no sólo con los argentinos que viven aquí, sino también con españoles, con gente de cine y de teatro sobre todo.

"Pero me acuerdo que, al principio, cuando salía a la calle, estaba deseando encontrar a alguien